Rafael Núñez visto por Rubén Darío

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Entre los grandes timbres que nadie escatima al contradictorio filósofo del Cabrero, está el haber comprendido y ayudado a los maestros del modernismo de América en sus comienzos —José Asunción Silva y Rubén Darío—. Ambos lo conocieron y trataron en su retiro de Cartagena de Indias; ambos escribieron sus impresiones sobre este trato directo y personal.

Pero en tanto que el ensayo de Silva, publicado por primera vez en "El Cojo Ilustrado" de Caracas, ha sido difundido, reproducido en periódicos y revistas de nuestro país y recogido en sus *Obras Completas*, las páginas de Rubén Darío, con todo y haber visto la luz en "La Nación" de Buenos Aires, jamás han figurado en las colecciones de sus escritos, hasta el extremo de que reproducirlas ahora, es casi una primicia, una "chiva" literaria e histórica, para usar una expresión corriente, si no correcta, en el lenguaje periodístico.

DE UN LIBRO DE PAGINAS INTIMAS

Rafael Núñez

1892

"He conocido al doctor Núñez, al renombrado Presidente de Colombia, en su retiro del Cabrero, en su Olimpo. Júpiter no tiene cancerberos, ni guardias, ni pompas, ni antesalas enojosas, ni humos, ni hinchazones de soberbia, ni siquiera un poquito de la majestad cursi que tan bien sienta a algunos espadones de América.

El Olimpo es tan modesto como precioso. En la linda península está la casa blanca. Cerca de la casa la ermita de techos rojos. Y tras las palmas verdes del cocotal cercano, —vasto, bello, azul,— el mar. La ermita la alzó el voto de una mujer; voto hecho en tiempo de luchas terribles. Esa mujer ha llenado de flores y de bienes esa parte de Cartagena en que hoy mora el ilustre poeta. Es la esposa del doctor Núñez; señora amabilísima e inteligente. Para colmo de mi sorpresa, no encontré en ella esas vanidades femeninas, tan comunes en las mujeres de los grandes hombres.

Es culta sin preciosismos y sencilla sin vulgaridad. Me habían dicho que era literata. No lo aparenta. ¡Está tan lejos de las farsas pretenciosas de ciertas *bas-bleu!* Su aspecto es el de una “señora de su casa”, tal como deben estas ser, según la tradición de nuestros padres. Católica, apostólica, romana: queredora de su marido, alma del hogar y que si cultiva el espíritu, no por eso deja que la cocinera ahume la sopa.

Cuando me presentó a su esposo —ella fue la primera persona a quien saludé en el Cabrero— pude notar que en su rostro se pintaba cierto cariñoso orgullo. Ella es la Débora del poeta. Núñez llegó de su escritorio, donde alcancé a ver el retrato de Gladstone. En el salón en que me recibió, sobre la puerta de entrada, está el de su santidad León XIII. Desde mi sillón quise leer un autógrafo pontifical que descubrí en un margen; pero no logré descifrar las patitas de mosca del anciano padre santo.

Núñez —como Núñez de Arce—, parece que debería tener cuerpo atlético. No se imagina uno a un forjador con miembros delicados; por más que el “cabito” Bonaparte, que tenía estatura pequeña, haya golpeado con un martillo más grande que el de Atila sobre el yunque del mundo. Para que pueda un aliento hacer que se destuerza la trompa de cobre, es preciso que brote de pulmones enormes. A veces el aliento no rompe el olifante sino el trompetero, y entonces es cuando cae muerto Roldán. El célebre colombiano que recibía mi visita, es delgado, de apariencia débil. Su mirada fina penetra como una sonda. Charla llanamente, como un excelente señor cualquiera. Cada tres o cuatro frases pregunta a quien le escucha: ¿sabe? Sería bonachón si no le impidiese la seriedad esculpida en su rostro, y el azul de su mirar, que a cada rato relampaguea, como diciendo al que está cercano: *Cave leonem*. Pensaba yo: ¿y este es el gobernante que en las tempestades políticas se ha convertido en espanto de sus contrarios e ídolo de los suyos...? Este es el poeta que hoy piensa a orillas del mar...

Poeta político... no entiendo eso; o más bien, no lo quiero entender. Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, el alimento, la vida de la poesía que el culto de la eterna y divina belleza; que los filósofos se ocupen del misterio de la vida y de todas las profundidades de lo incognoscible; que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que se llaman gobiernos; que los señores militares degüellen, defiendan o conquisten. Perfectamente. Tú, luminoso y rubio dios, has enseñado a tus elegidos estos asuntos en verdad muy interesantes: que las rosas son lindas; que los diamantes, el oro, el mármol y la seda son preciosos; y que nada hay igual en este mundo a la ventana en donde la mujer amada, Sol, Amalia, Estela, Florinda, medita abunda y tierna, contempla en una hora tranquila un vuelo de palomas bajo el cielo azul. En conclusión, el poeta no debe sino tener, como único objeto, la ascensión a su inmortal sublime paraíso: El Arte.

Sí, dice entonces Menéndez y Pelayo, pero cabe en nuestros tiempos una poesía más alta que la es puro color y pura música, o ambas cosas a la vez; más importante y trascendental que la que hace del amor inagotable tema; otra, finalmente, que sin perder su condición de artista, y acaso por esto mismo, se convierte en elemento poderosísimo de organización o trastorno

social. Cuando esta poesía traspasa los lindes del momento presente y abarca todo el cuadro de la vida humana, derramando en ella la alegría y la esperanza, o ungiendo sus alas con el suave nardo del sentimiento evangélico, produce las maravillas de *La campana* o de *La pentecostés*. Cuando descende a la arena de la pasión contemporánea y se trueca en espada terrible y luminosa, surge la canción de Béranger o el scherzo de Giusti, y con formas y tonos más remontados, la poesía política de Núñez de Arce. La palabra la ha escrito el joven sabio: "descender".

El poeta si es político, descende de su alteza, por la razón que da el mismo Menéndez y Pelayo. "Porque el poeta político, en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos e injusticias que el espíritu de fracción trae consigo". Imaginación y sentimiento padecen en ásperas bregas en que el que quiera tomar parte, ha de ser llevado sobre el alma caparazón de bronce. Cuando se llega a ser cantor y actor, poeta y combatiente, el caso adquiere enormes proporciones. Tal ha sido el de Núñez.

Para mí, el poeta tiende por una parte a la naturaleza, y entonces confina con los artistas plásticos; por otra se junta con los sacerdotes, y entonces sube hacia la divinidad. De allí el símbolo, que manifiesta la idea con el encanto de la forma, y está animado por un vago y poderoso misterio. Atraer ese raro espíritu del poeta a las agitaciones que conmueven a lo común de los hombres, es hacerle enredarse en sus grandes alas. Es el caso de *Albatros* de Baudelaire:

*Le poète est semblable au prince des nuées
qui hande la tempête et se rit de l'archer;
exilé sur le sol au milieu des huées,
ses ailes de géant l'empêchent de marcher.*

Así, los que preguntan el por qué del retiro de Núñez a su "villa", dejando nada menos que el puesto de Presidente de la República, no piensan en que bien puede ser la nostalgia de la vida intelectual, la nostalgia del poeta, la que ha causado ese retiro. En el campo civil está el fango, están las espinosas sendas, los odios, los antagonismos implacables, la pasión que usa de todas las flechas y de todos los curares; en el Cabrero el vate colombiano, si bien no quitando la vista de Bogotá, conversa frente al océano con sus buenos poetas ingleses; y a la hora del crepúsculo, siembra o riega las flores de su jardín.

Huélgome de hablar únicamente del Núñez del libro y de la rima, porque si algo no le niegan ni sus más tremendos enemigos, es su vasto talento. En Colombia es el que puede llamarse el maestro. El "maestro" es el que en su país posee mayor suma de fuerza intelectual, cimentada con la experiencia y coronada por las blancas nieves de Cronos. En América hay varios maestros: Mitre en la Argentina, Núñez en Colombia, Altamirano y Prieto en México. Son los generales, a quienes los nuevos, los jóvenes de la presente generación, debemos saludar y presentarles las armas. El maestro colombiano encierra un saber profundo, un hondo conocimiento de los hombres y de las cosas. Está formado en molde inglés, molde macizo. Su anglicanismo no es de Bourget, elegante y sentimental, poco sólido, perfu-

mado con su aromita de Oxford. Núñez no es inglesado, es inglés. Tiene del britano el culto de la antigüedad, la sed de las claras y puras aguas clásicas, tranquilidad y método en el juicio. Analiza, busca la verdad; su metafísica vuela siempre bajo una hermosa vía láctea política. Su idea va siempre revestida de cierta grandeza que le pone en el envidiable caso de no ser nunca popular. No todos pueden penetrar entre esa procesión de estrofas misteriosas, graves, meditabundas, desmesuradas o sacerdotales. Allá a lo lejos, en el comienzo de su vida de poeta, aparece con Montaigne, poniendo en el fondo de su sediente alma viril, una interrogación. Luego llegará a abrevarse en la fuente de la sabiduría bíblica, pasará por el huerto de la "Imitación", y vendrá a cruzarse de brazos ante la puerta de oro de la verdadera fe. La duda, hija del mal y de la muerte, le ha dado a respirar muchas veces sus nocivos y negros éteres.

Hay estrofas suyas que son bastas esfinges monolíticas, frías, impasibles; mas cuando escribe sus versos pasionales, llega a traslucirse la verdad de la emoción, véase cierta humedad en la palabra y suélese oír su sollozo; un sollozo profundo y masculino.

En cuanto a su técnica, a su composición, Núñez tiene mucho de revolucionario. Su métrica es amplia y no teme el versificador buscar nuevas formas, nuevas combinaciones en las cuales quepa, huelgue mejor su pensamiento. Paréceme que Núñez sería mejor poeta si escribiese en inglés o latín. Así estaría mejor su verba sabia, que pierde parte de su vigor e intención en el pentagrama, en la música verbal de la poética española. Por esto en ocasiones sus versos resultan duros o prosaicos, o retorcidos y descoyuntados. Es un sacerdote del arte, mas su manera no es artística, en el sentido moderno. Y más vale así, con su modo magistral, sereno, vigoroso; que si hubiese sido contaminado el "maestro" con la plaga colorista y "artística" que hoy se despierta en toda la América española, donde sin comprender que lo primero es el sentido común y lo segundo el incesante estudio, muchos inexpertos que contemplan el triunfo de unos pocos vencedores, pretenden por el peligroso camino de la imitación, llegar a la posesión del arte más elevado, pasando sobre reglas y preceptos, y encasquetándose el gorro frigio, en regiones donde blancas musas imperiales los miran espantadas destrozarse las flores, manchar las estatuas de mármol, democratizar los alcázares en que reina la más encumbrada y augusta de las jerarquías.

Y cosa muy singular, la única composición que en lengua castellana haya leído yo semejante a las modernísimas de los decadentes de Francia, hecha a la manera de Julio Laforgue, es la del doctor Núñez titulada *Sideral*, por supuesto más clara y comprensible que la del parisiense. Núñez está al corriente del movimiento de la literatura universal: estudia, sabe. Si quisiese, "modernizaría". A Mauricio Duplessis, el lírico discípulo de Moréas, contentaría esta estrofa, de una aristocracia artística innegable; estrofa romanista:

*De humilde hoja de acanto
Calímaco ofreció gentil corona
a las columnas que admiró Corinto.
Los siglos pasan, y el cincel venera
en noble capitel la hoja ligera.*

No es dado a todos colocar tan bellamente en un límpido mármol el acanto del Calímaco.

Mas es ante todo y sobre todo el doctor Núñez poeta filósofo, analizador y comprensivo. Escribe versos que son un apotegma o un versículo apocalíptico o evangélico. Repito que sabe mucho, y que lo que sabe ha robustecido su intelecto muy de veras. Nada más lejos de él que el diletantismo. Desde joven se ha nutrido bien, a la inglesa, hasta los platos más modernos, Wordsworth, Newman, Arnold y los pensadores contemporáneos.

Todo fuerte, roastbeef, beefsteak, portes y gimnasia moral. Así se torna uno atleta, cría músculos el espíritu y se salva de histerismos mentales y cinismos demoníacos.

Núñez ha tenido tres épocas: la primera de esperanza, de ensueños; la segunda de luchas, desfallecimientos y dudas; la tercera de reacción ha llegado a vencer. ¿Y qué mejor victoria? Por eso dice tan bien un personaje de Huysmans cuando dice que la fe es el único puerto en donde el hombre desarbolado puede abrigarse en paz.

Colombia, tierra donde toda semilla encuentra vida, madre cuya matriz no se cansa de producir hijos ilustres, tiene en el pensador del Cabrero una egregia representación de sus energías.

Y si os extrañais de que no me refiera a su vida política... ¡Oh, qué hermoso estaba el sol, cuando dejé aquella morada envidiable y florida! El aire que pasaba por el jardín era fresco y grato. A lo lejos el horizonte marino presentaba sin una mancha, su curva inmensa, solo interrumpida por la nota blanca de una vela latina que aparecía suavemente sugestiva y lilial, como una ala de paloma en el campo de Azur.

“La Nación”, Buenos Aires, 23 de septiembre de 1894”.

No faltará el suspicaz que considere que acaso fuera el mezquino interés burocrático —recuérdese que en la fecha de la aparición del artículo, Darío desempeñaba el cargo de cónsul general de Colombia en Buenos Aires, por especial recomendación del doctor Núñez— lo que debió inducir al autor de *Los cantos de vida y esperanza* a pergeñar las páginas que anteceden. Pero ocurre que no fueron ellas las únicas que al autor de *Que Sais-je* dedicó el ilustre poeta de Nicaragua.

Tres años más tarde, al saber en la hermosa capital del Plata la muerte de Núñez, compuso un poema, si breve, de asombrosa calidad, en concepto de Pedro Salinas. También al final de su vida agitada, Darío dedicará un capítulo a Núñez en su *Autobiografía*. Pero sobre la tumba del solitario del Cabrero peremnementemente arrullada por el bronco resonar del mar cercano, se musitarán siempre, mientras haya amor por la poesía, las estrofas evocadoras de su tránsito terrenal:

*El pensador llegó a la barca negra
y le vieron hundirse
en las brumas del lago del misterio
los ojos de los cisnes.*

*Su manto de poeta
reconocieron los ilustres lises
y el laurel y la espina entremezclados
sobre la frente triste.*

*A lo lejos alzábanse los muros
de la ciudad teológica, en que vive
la sempiterna paz. La negra barca
llegó a la ansiada costa, y el sublime
espíritu gozó la suma gracia;
y ¡oh Montaigne! Núñez vio la cruz erguirse,
y halló al pie de la sacra vencedora
el helado cadáver de la esfinge.*